



EL ALIMENTO DE LOS DIOSES



GONZALO MOURE

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez

© Gonzalo Moure, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A los que saben ver luces
en el cielo y en el mar.
Como Miguel Ángel Diéguez,
en nuestra memoria.*

–Mira aquel niño mamando de su madre, Skiopul. ¿Lo ves?

–Sí.

–Ese niño es la respuesta a todas tus preguntas.

–No lo entiendo, Bruto.

–Ese niño es una representación de todos los hombres, de la humanidad.

–¡Pero él parece feliz!

–Es verdad: un niño de pecho es feliz mientras mama. Crece, se desarrolla. Pero cuando le quitas la leche de la madre empieza a morir; crece aún, se desarrolla aún, pero ya no es feliz, ha comenzado a ser destruido.

–¿Por qué?

–Porque la leche es para el niño la comida perfecta, la ambrosía, el alimento de los dioses..., como la patata del cielo.

(De las conversaciones de Skiopul el Cojo
y Bruto Memor)

A quien pueda interesar:

Estos que hoy doy a la luz son los cuadernos de Bruto Memor Sceva y de Skiopul el Cojo. Aparecieron en el año 2342, cuando la humanidad vivía sumida en sus momentos más difíciles. El descubrimiento de un nuevo alimento, la patata del cielo, originó desde el primer cuarto del siglo XXI un extraordinario crecimiento de la población. Creyendo que aquello supondría el fin para la humanidad, una poderosa nación decidió apropiarse de la patata del cielo, encerrándose en sus fronteras, y creó en sus laboratorios un hongo que acabó con las cosechas del resto del mundo. Mientras la vida se hacía más y más próspera en Lugar, el remoto rincón que habitaban los llamados «dioses», los demás seres humanos comenzaron a sufrir el feroz mordisco de las hambrunas y las pestes. La civilización experimentó un brutal retroceso. Ciudades y países se sumieron en el caos tiránicamente controlados por un nuevo Gobierno, la Primera Comisión.

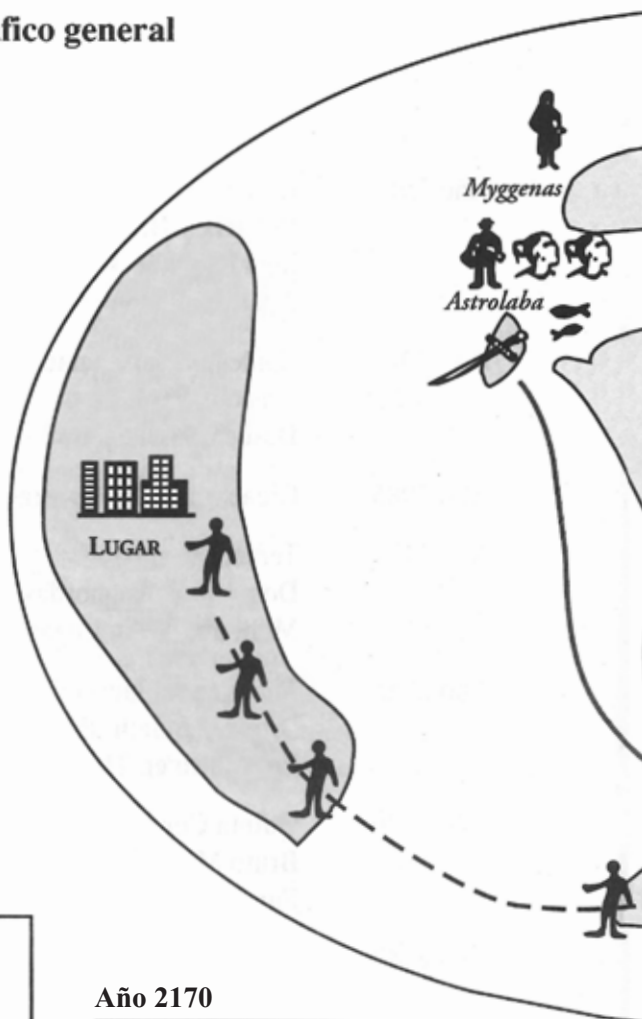
Durante el mandato de la Quinta Comisión, a principios del siglo XXIV, hubo un hombre culto y solitario, tal vez el último de su especie: Memor Sceva, que se llamaba a sí mismo Bruto. Siguió los rastros casi perdidos de la historia entre el caos y el horror. Escribió los cuadernos del origen y del reencuentro con el alimento de los dioses. Y para preparar el futuro, el tuyo y el mío, enseñó a leer y a escribir a un pequeño, fruto del detritus de la última ciudad: el joven Skiopul.

Así pues, estos son los cuadernos de Bruto y Skiopul, en los que se narra la historia del alimento de los dioses.

Cronología

- Año 2019 Koleg. Primer encuentro con los delfines.
Belatrix y Berenice.
Inga Langebeck.
Aparición de la patata del cielo.
- Año 2045 Epidemia de la patata del cielo.
Creación de Lugar.
Descomposición de fronteras.
- Año 2085 Creación de la Primera Comisión.
- Año 2170 Tercera Comisión.
Dominio de las hordas.
Mohl abandona Lugar. Ruanda.
- Año 2185 Thalweg (el laurel de Ruanda).
Brunn y Balath. Puer.
Encuentro en Thalweg.
- Año 2330 Quinta Comisión.
Bruto Memor Sceva: cuadernos.
Fundación de la Nación de Naciones.
- Año 2342 Skiopul y Saba dejan Ciudad.
Los raizarios.
- Año 2343 Reencuentro y refundación en Thalweg
(el valle del Origen).

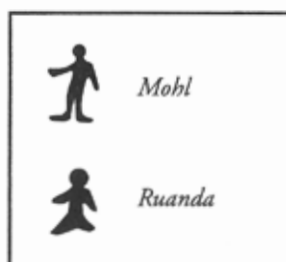
Cuadro geográfico general

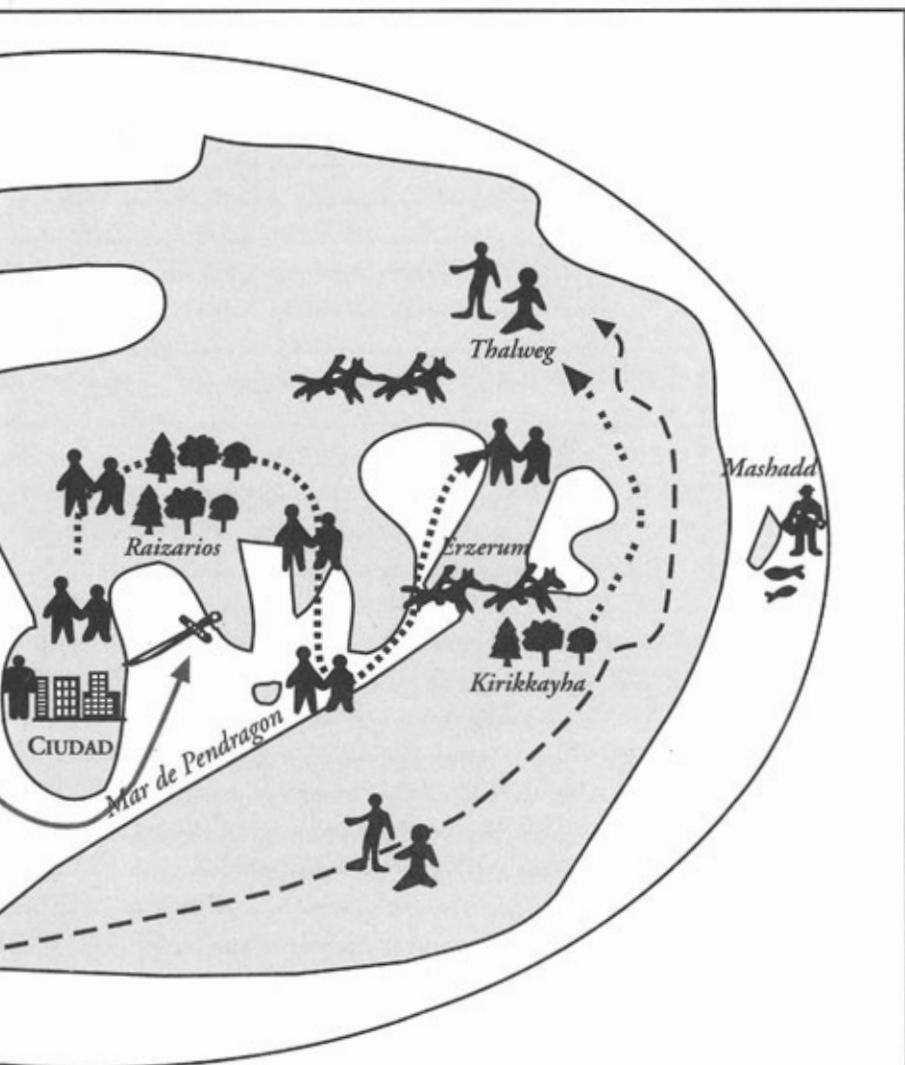


Año 2019

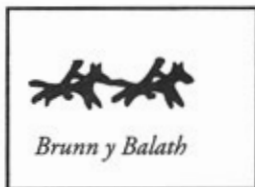


Año 2170

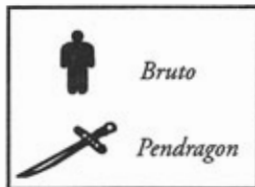




Año 2185



Año 2330



Año 2342



I
CIUDAD

Leer es juntar las letras que hay en una pared o en una hoja de papel y formar palabras con ellas. Las palabras juntas significan cosas que antes han sido el pensamiento de otra persona que sabía escribir. De modo que escribir es lo mismo que hablar, pero derrotando al tiempo. Uno puede hablar y hablar, pero al cabo de un instante las palabras que ha dicho ya no están. Cuando escribes, las palabras permanecen, y es como si hablaras para siempre y para todo el mundo. Entonces ya solo falta que las palabras escritas encuentren a alguien que sepa leer.

Ahora apenas hay alguien que sea capaz de leer, pero llegará un tiempo en el que toda la gente podrá hacerlo. Bruto me dijo que antes todos sabían, o poco menos. Pero eso era en los tiempos de la patata del cielo, y también antes.

—Cuando la patata del cielo apareció en el mar, la humanidad creyó ciegamente que todo iba a ir bien —decía Bruto—. Era el alimento perfecto para todos. Hubo más gente que nunca en la Tierra, y a nadie le faltaba de nada. Pero algunos hombres se creyeron dioses. Argumentaban que la Tierra no podía albergar a tantos seres humanos, y que cada vez sería peor. Se apropiaron de la patata del cielo y enviaron secretamente una plaga que acabó con las cosechas del resto del mundo, de los abandonados. Miles de millones de seres perecieron a causa del hambre. Y la civilización también

comenzó a morir, poco a poco. Y la historia. Todo se desmoronaba en el mundo de los abandonados: industria, cultura... Y, sin ellas, fuimos volviendo a la oscuridad de la remota Edad Media, hacia las cavernas. Ni siquiera era posible ya recurrir al campo y la agricultura. Los que lo intentaban eran asaltados por grupos hambrientos que dejaban el cobijo de la ciudad para arrasarlo los cultivos y los graneros, hasta que fueron abandonando, y lo que había sido campo se convirtió en bosque o en selva, o en un devastado erial.

Nada hubiera cambiado de no haber sabido leer... Pero la verdad es que nadie podía pensar que yo, Skiopul, fuera capaz de hacer algo tan raro como eso. Todo el mundo en Ciudad me había visto ir de un lado para otro del barrio de las Lemurias con recados, advertencias, amenazas y misteriosas bolsas, con una prisa endiablada a todas horas.

Pero no se me tomaba en serio, lo sé muy bien. Yo, Skiopul, había crecido en este barrio, y a todos les bastaba con eso, les servía de mensajero. Pero que supiera leer... hubiera sido una noticia extravagante para las gentes que vivían a mi alrededor.

Yo contaba entonces catorce años, y tenía dos caras. Cuando sonreía, enseñaba dos dientes descomunales y amarillos, achicando los ojos; entonces mi rostro parecía el de un topo. Pero si cerraba la boca y me ponía serio, mis ojos, según aseguraba mi joven amiga Saba, se convertían en «elegantes mariposas de seda negra posadas sobre un lirio». Aunque yo no entendía bien lo que quería decir tal cosa, me imaginé que simplemente ya no le parecía tan feo como un topo. Incluso añadía que entonces el mío le parecía el rostro de un ángel.

Al principio, Saba me miraba desde lejos, desde el quiosco en el que trabajaba cocinando pájaros, cuando pasaba arriba y abajo con mis mensajes. Más tarde comenzó a invitarme a pájaros cocidos, aunque tuviera que pagar luego la invitación con su mísero sueldo.

–No sonrías, que te pones feo.

Pero yo no le obedecía, y le enseñaba mis dientes amarillos y, es verdad, espantosos.

Saba se entristecía y pensaba en los viejos anuncios de Dentiwon, que se conservaban todavía en los muros de algunos edificios de las épocas antiguas, en los que muchachos imposibles mostraban una sonrisa blanca y refulgente bajo la pátina del tiempo. Pero ya nadie, salvo tal vez los dioses, tenía dientes blancos. La gente que no come más que pájaros no tiene mucha salud, y los dientes se caen entonces tan pronto como el pelo.

La verdad es que no solo sabía leer, sino también escribir. Y aquello era tan raro que la mayoría de mis amigos ni siquiera tenían una remota idea de qué era «eso de escribir»; para ellos, las letras y las palabras estaban en las paredes, sin que les preocupara saber por qué, ni cómo, ni mucho menos lo que significaban o habían significado.

Pero yo, cuando apenas levantaba dos palmos del suelo, tuve un amigo que sabía de dónde salían las palabras escritas. Era viejo, grande y pelirrojo, sudaba mucho cuando se indignaba con las órdenes de la Comisión y se llamaba a sí mismo Bruto, aunque su nombre real era Memor Sceva. Algo que me reveló en secreto.

Conocí a Bruto gracias a mis habilidades como recadero. Me abordó cerca del Paladion para contratarme. Era muy grande y una barba roja mal recortada cubría su rostro. Me miró de arriba abajo, me hizo muchas preguntas y al final me prometió un bloque de chocolate puro si conseguía cruzar toda Ciudad, entrar en el interior de una vieja fábrica, asegurarme de que no había nadie más y gritar un nombre: Tulio. Si aparecía el tal Tulio, le tenía que ofrecer un paquete a cambio de lo que llamó *El manuscrito de Ruanda*. No sabía qué era un manuscrito, pero el propio Bruto me tranquilizó: no es comida ni nada que le pueda interesar a nadie más que a Tulio y a mí.

No fue fácil, porque para llegar hasta allí tenía que dar más de un rodeo para evitar a las catervas de peor fama de Ciudad, pero llegué. Entré en la fábrica y, tras gritar cinco o seis veces aquel nombre, Tulio, salió un viejo de entre las sombras, me preguntó quién era, se lo dije, se volvió de espaldas para examinar el contenido del paquete, se volvió y me dijo que esperara. Desapareció en la oscuridad, tardó un buen rato y volvió con algo envuelto en trapos. Cuadrado, flexible. «No lo abras», me dijo. No lo abrí. A la mañana siguiente, merodeé por el Paladion hasta que apareció de nuevo Bruto. Le dije que tenía aquello, me acompañó a mi madriguera, se lo entregué y, a cambio, me dio mi bloque de chocolate. Negro, succulento, terso, dulce.

Así nos hicimos amigos.

Bruto sabía cualquier cosa que uno le quisiera preguntar, e incluso las que uno no le preguntaba. Tenía escondidos muchos manuscritos de la época de la Cuarta, la Tercera, la Segunda Comisión, además de lo que llamaba libros; libros de la Primera Comisión, e incluso de antes de los tiempos de la patata. Los almacenaba en un sótano, debajo de un edificio en ruinas, donde también vivía. Decía que aquel montón de cuadernos y libros era un peligroso tesoro que en otros tiempos les hubiera costado la vida a él y a quien los compartiera con él. En ellos, aseguraba Bruto, estaba toda la historia de los hombres.

Así descubrí que los libros son como cuadernos manuscritos, es decir, escritos a mano, pero más grandes, más fáciles de leer, con todas las letras del mismo tamaño, muy ordenadas.

Bruto solía decirme que antes de la patata del cielo la vida era mejor en la Tierra, y que él «sabía cómo podría volver a serlo». Pero me advertía que si repetía eso por la calle, un buen día le iban a pegar una puñalada. Así que:

–Silencio, Cojo.

Porque Bruto me llamaba Skiopul el Cojo, aunque, desde luego, entonces no lo era, ni mucho menos. Cuando le pregun-

taba por qué me llamaba así, Bruto contestaba: «Cosas mías». Era lo único para lo que no parecía tener una respuesta. Otros me llamaban «Escupitajo» y, aunque no me gustara, lo entendía. Pero ¿«el Cojo»? Tuvieron que pasar mucho tiempo y muchas cosas para que lo comprendiera, pero ¿cómo podría haber sabido que la explicación me aguardaba en el futuro?

Yo le hablaba de Bruto a mi amiga Saba mientras masticaba despacio unas alondras cocidas. A veces le repetía las historias que el gigante pelirrojo me había contado, y también solía hablarle de sus cuadernos.

—Bruto me enseñó a escribir y a leer, y así, aunque él ya haya muerto, siempre estará vivo en sus cuadernos.

Entonces Saba me encontraba muy interesante y me preguntaba por el contenido de los cuadernos, y a mí me subía un calorcito gaseoso desde el estómago hasta las mejillas. Pero cuando Saba insistía, tenía que reconocer que no había leído más que uno, en el que Bruto me enseñaba a leer y a escribir con frases como «Hace frío en el azotea» o «Hay una paloma gordita en la cazuela».

—¿Y los otros cuadernos?

Por fin, aquel día le confesé la verdad: Bruto me había pedido que solo los leyese cuando tuviera dieciocho años y fuese capaz de usar bien lo que aprendiera en ellos. Que eran el resumen de todo lo que había logrado aprender en tantos manuscritos y libros. Que había inventado algunas cosas, pero que solo eran los detalles. Que lo había escrito así para que yo lo pudiera entender mejor. E insistía en que solo los leyera cuando cumpliera los dieciocho. A Saba le picaba la curiosidad e ideó una solución excelente: si yo tenía catorce años y ella trece, juntos sumábamos más de dieciocho.

—¿Cuántos?

Saba no sabía sumar más que números de una sola cifra, como todo el mundo en las Lemurias. Yo tampoco lo hacía muy bien, y me equivoqué un poco:

—Veinte. O más.

No estaba muy convencido con su manera de ver las cosas, pero yo también me moría de ganas de leer los cuadernos de Bruto, de modo que acepté su razonamiento: la llevaría conmigo y los leeríamos juntos.

–¿Conoces el edificio del Paladion?

–¿El Paladion? –preguntó Saba.

–Donde se estrelló un avión.

Asintió agitando su corta melena negra.

–Están allí, escondidos.

La curiosidad hizo que Saba aceptara, pese a que llegar hasta allí fuera arriesgado.

–¿Te recojo entonces y vamos juntos?

Saba y yo nos miramos a los ojos durante un segundo que, al menos a mí, me pareció una hora.

–Claro –dijo Saba sonriendo, confusa pero excitada.

Sus ojos irradiaban fuerza. No era más que una niña flaca, con una mata de pelo negro mal cortado –que, sin embargo, en ella resultaba gracioso–, unos dientes estropeados y unos brazos delgados. Pero en sus ojos había cosas que me hablaban del pasado y del futuro.

Volví con la caída del sol. Ya hacía mucho que Ciudad carecía de luz eléctrica, y permanecer en un puesto de pájaros después de anochecer era asegurarse el asalto de alguna caterva hambrienta. Cuando llegué, Saba estaba entregando la mercancía a los dueños del puesto. Eran dos hermanos gemelos, vestidos con viejos chándales y gorros de lana. En sus brazos se podían ver tatuajes amenazantes que Saba se había aprendido para distinguir a uno del otro. Después de recoger todo, hasta asegurarse de que no quedaba nada comestible en el puesto, se dispusieron a examinar a Saba. Mientras uno rebuscaba en sus ropas entre risotadas, el segundo le olía el aliento para saber si había comido algún pájaro durante el día. Luego le dieron una moneda y dos de los jilgueros cocidos que habían sobrado. Ese era su sueldo. Y se fueron con sus sacos al hombro, fieros y desafiantes; tanto, que parecían estar

deseando que alguien intentara asaltarlos para poder aplastar unas cuantas cabezas. Saba los miraba mientras se alejaban y les dirigió un par de insultos en voz baja.

Para llegar al Paladion había que cruzar por completo la Subura, el barrio en el que había estado el almacén de comestibles en tiempos de la Segunda Comisión, y en el que todavía se encontraba «el cuartel de las cortesanas». Saba y yo no nos dábamos cuenta del peligro que corríamos, aunque tal vez no éramos un objetivo apetecible para las catervas. Y eso que ya entonces se rumoreaban muchos casos de horribles mutilaciones que sonaban a canibalismo. Pese a todo, preferimos ir por el túnel del metro, al resguardo de los riparios, los guardias que se ocupaban de vigilar el camino con antorchas desde las orillas de los túneles. Por estos, según me había contado un día Bruto, circulaban trenes hasta los tiempos de la Tercera Comisión. Ahora, aquello se había convertido en una triste, lóbrega y fétida caverna, pero por lo menos era segura. Ni Saba ni yo ignorábamos que, de cuando en cuando, los riparios también robaban a los viandantes, como una especie de impuesto por la seguridad de los túneles, pero hasta eso era preferible a ir por la superficie cruzando la Subura.

Parecía mentira, pero aunque el avión había caído años y años antes, parte de su carcasa todavía estaba en medio de la calle, o, mejor dicho, en medio de un agujero. La tribu de la Subura solía reunirse en las inmediaciones del avión con temor y fascinación por lo desconocido. Sabíamos que aquello era una máquina, pero nos daba vértigo intentar pensar cómo funcionaba una cosa así y cómo se las arreglaba para mantenerse en el aire. A Bruto le hacía pensar en el oscuro sumidero en el que se había convertido lo que él llamaba el futuro, algo que antes de los tiempos de la patata del cielo, según él, había sido hermoso y prometedor.

Ahora, el avión muerto estaba allí, ante los ojos fascinados de Saba. La gente deambulaba a su alrededor y asaba pájaros en hogueras.

De noche, el edificio que la gente llamaba el Paladion parecía la silueta de un inmenso cuervo con las alas desplegadas. Saba y yo nos deslizamos por una de sus puertas laterales y fuimos subiendo escaleras, pasando por encima de cuerpos tumbados que desprendían una repugnante mezcla de olores: alcohol de basura fermentada, sus propios excrementos...

Tal vez alguno de ellos llevara ya muerto uno o más días, y nadie se había preocupado aún de arrojar su cuerpo a la plaza de los cuervos. La Quinta Comisión tenía un lema para esa circunstancia: «Si no te ocupas de los cadáveres, olvídate de los pájaros», lo que quería decir que sin cadáveres no había pájaros. Y cuando dejó de existir el comercio con otras ciudades, cortadas las carreteras por las hordas hambrientas y arrasado el campo por los incendios, las plagas y la barbarie, solo quedaba una cosa que comer: pájaros. Para atraerlos se les proporcionaba un cebo magnífico. Era repugnante, nauseabundo y cruel, pero sorprendentemente efectivo: carne humana. Los cadáveres eran depositados en las plazas más abiertas, y hasta ellos llegaban desde el horizonte inmensas bandadas de pájaros desesperados por el hambre. Luego, con sus estómagos llenos, se dispersaban por los alrededores y eran cazados en balcones y azoteas por los habitantes de Ciudad.

Mentalidad práctica: el lema «Si no te ocupas de los cadáveres, olvídate de los pájaros» convertía a todos en entusiastas transportadores de cuerpos. Se decía que antes de antes en las ciudades había cementerios, lugares en los que los muertos eran enterrados y venerados.

La azotea del Paladion era la más grande que he conocido. Por el día estaba llena de cazadores de pájaros con liga y mallas, pero por la noche quedaba silenciosa, fresca y tranquila. Un remanso de paz. Hasta ella llegaba un continuo zumbido de voces, gritos y risas que semejaba tan solo el rumor del viento. Bruto solía sentarme en el pretil, apretando

mi cintura con sus manazas cansadas. Me señalaba los resplandores de las hogueras, reconocía las casas, los barrios, los edificios y las cárceles; para cada uno de aquellos puntos del horizonte nocturno tenía una historia, un fragmento de vida. Algunas eran de antes de los tiempos de la patata, y él las había oído contar a otros, que a su vez las habían oído contar... ¡Me daba vértigo pensarlo!

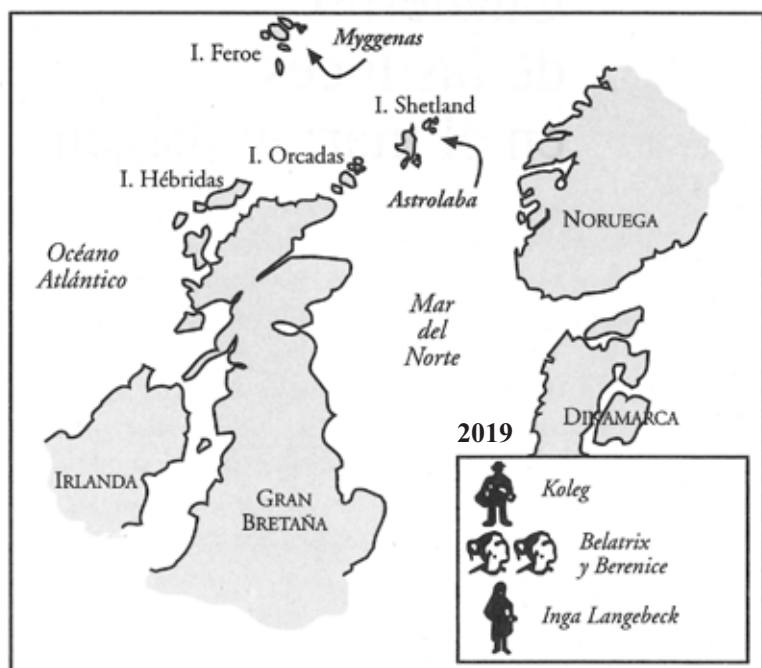
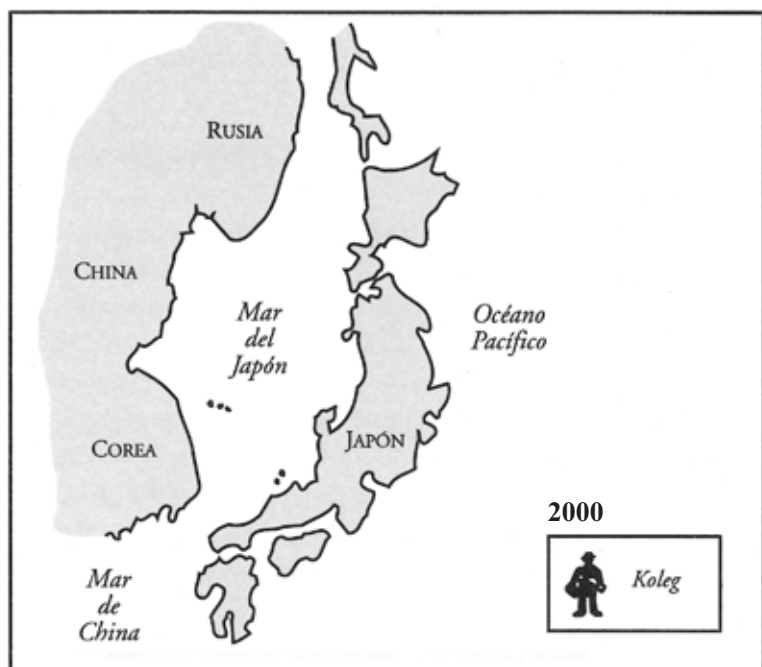
Cuando saqué los cuadernos de su escondite y se los enseñé a Saba, comprendí que había hecho bien en subir a verlos con ella. Al fin y al cabo, la vida ya no valía mucho; era lo más incierto de todo lo que nos rodeaba. Observar a Saba sumida en aquella excitación, con aquel brillo en los ojos capaz de iluminar la misma noche, había merecido la pena: refulgían como decía Bruto que antes de antes solían brillar las estrellas...

Yo, la verdad, no leía muy deprisa aún. La letra de Bruto, sin embargo, era la única que conocía bien; por así decirlo, crecí en ella. Apoyé la espalda en la pared, sintiendo en mi brazo derecho el contacto tibio y confortable del costado de Saba. Ya no había hedor en el aire, sino una suave fragancia de origen desconocido. Encendí la lucernilla de aceite y pasé la mano por la tapa de cartón, gruesa y azul. Las hojas tenían esa pequeña red de cuadritos que me fascinaba, en la que Bruto solía trazar líneas imaginarias que se iban convirtiendo en palabras. Allí estaba la frase, bien subrayada: «No lo leas antes de tener dieciocho años».

¡Qué demonios, las reglas están para ser rotas! Si no lo hubiéramos decidido así...

Comencé a leer en voz alta.

**Cuaderno de las luces en el mar:
el origen**



1

Belatrix y Berenice

Mi nombre es Memor Sceva, aunque prefiero que me llamen Bruto. Mi nombre no es, sin embargo, más que una piedra en un camino lleno de ellas. Un camino hecho de dudas y casualidades, de la materia más débil y terrible que puebla este mundo: el hombre, en quien está lo mejor y lo peor de la vida. En estos cuadernos hablaré de gente a la que tú no conoces aún. O, mejor, de la que no has oído ni leído nada todavía. Pero tú eres también parte del camino, una piedra más. Yo he enseñado a leer a un pequeño, le he convertido así en una flor rara, crecida en medio de un estercolero. ¿Eres tú, pequeño Skiopul? Si es así, has crecido, porque te pedí que esperaras a ser un hombre para leer estos cuadernos.

Voy a escribir con esta vieja pluma acerca de muchachas hermosas con nombres de estrellas, pero ten cuidado, porque también vivieron y sufrieron. Escribiré acerca de un hombre con mente de águila. Pondré en este cuaderno carne y sangre de una vieja pescadora, galope de caballos, sal de los océanos, resplandor de auroras boreales. Pero sé prudente, porque el brillo esconde siempre fuego. Lee todos los cuadernos y viajarás en el tiempo hacia Brunn y Balath, que condujeron caravanas entre Erzerum y Mashadd. Sabrás así de las llagas de sus pies, y en ellas tal vez aprenderás a leer caminos de verdad, de los que cansan y uno quisiera aban-